

LA DESGRACIA EN LA CARA

Para Carmen Burgess

Sus manos sonaban como cangrejos. Eran las uñas, duras como de hueso y rojas, brillantes. Movía las manos sobre la mesa como si la tabla fuese un piano invisible y las uñas iban de un lado al otro, rápido. No era una mujer coqueta, ni siquiera prolija. Cuando iba a trabajar era práctica: el pelo muy corto, las ojeras ocultas detrás del corrector, pantalón y camisa blanca, un blazer si hacía frío y los anteojos negros. Correcta pero no elegante. Una contadora que trabajaba con números no debía parecer desaliñada, y ella cumplía. Por eso siempre tenía las uñas impecables. Y eso era casi todo. En la casa se paseaba en ropa interior que le quedaba grande, usaba camisas entreabiertas y jamás se ponía corpiño, arrastraba las medias tres cuartos sucias por todas partes. Mi hermana dejó de aceptar su afecto borracho muy pronto y se encerraba en su habitación con auriculares y frente a la pantalla. Eso cuando estaba en la casa, porque prefería la calle o tomar clases de cualquier cosa, nadar, boxear, correr, inglés; salir a caminar o a leer en el parque. Y cuando salía de noche, regresaba al mediodía. Así que yo la escuchaba. No había nadie más. Mi padre era dueño de un salón de fiestas y una tien-

da de cotillón. Actividades inapropiadas para nuestra infelicidad constante. Cada visita a otra casa, cualquier casa, parecía una excursión al mundo de la dicha ajena.

Mi madre se caía y andaba en cuatro patas, la copa de vino blanco, siempre blanco para no mancharse los dientes, en equilibrio sobre mesas, sillas, a veces incluso la almohada. Yo la ayudaba a no golpearse y, eventualmente, a vomitar y dormir. La escuchaba también. Decía que nunca iba a recuperarse. Lo mucho que hacía por nosotros, cómo jamás recibía un agradecimiento, solo desprecio. Y la falta de comprensión de todos sobre ese horror que la obligaba a beber y llorar. Siempre me contaba su violación, a mí y a quien quisiera oírlo, y en algo tenía razón: nadie quería escuchar, y la reacción solía ser incluso poner distancia, alejarse de ella físicamente unos centímetros, cierta incredulidad o, mejor, un no querer saber. La madre contagiosa. El orden y los detalles del relato de la violación eran siempre los mismos, como si ya no fuese capaz de recordarla de verdad y repitiese una historia vieja, una leyenda.

Ella vivía en Paraná, con su padre. Iba a la secundaria. Catorce años. Su madre ya se había ido, mi abuela, la madre ausente. La leyenda familiar decía que, después de pasarse semanas encerrada en su cuarto, escapó por la ventana porque la encontraron abierta. Hacía años que estaba, decían, «mal de la cabeza». Los hermanos y mi abuelo la salieron a buscar y no se sabía mucho más. No se hablaba de ella. Paraná era todavía una ciudad pequeña, muy segura y tranquila, los primeros años setenta. Mi madre volvía del colegio por un camino que era oscuro porque la casa estaba en zona de quintas, pero nadie tenía miedo, no a cosas reales al menos, solamente a fantasmas y duendes. Ella no quería que la calle de tierra un poco húmeda le arruinase

los zapatos, así que se apuró, se resbaló y se cayó. Se terminaba el año, la humedad del río hacía transpirar. Mi madre soñaba con la costanera y las islas, con salir en lancha por el río marrón y ver las espaldas de los hombres al sol. Le quedaban pocos exámenes. Si los rendía bien, iba a pedir como regalo una visita a El Palmar, que llevaba inaugurado unos años, pero ella aún no lo conocía. Había visto fotos de las palmeras con el sol bajo, el cielo anaranjado, las ramas como pelucas locas.

Una mano la ayudó a levantarse. Decía siempre una mano: no había visto de quién era, si hombre, mujer o adolescente como ella. Tenía los cuadernos y libros en un portafolio, así que no se embarraron, pero sí las piernas y el guardapolvo. Después de decir gracias vio que era un hombre, muy alto, de pelo oscuro. Escuchó un silbido, pero ni ahora ni entonces sabía si el hombre había silbado o alguien más. El silbido la hizo sentir el peligro. Era una llamada, un aviso. Quiso correr, pero resbaló, y el hombre era muy fuerte. No la violó sobre el camino. La apoyó contra un árbol. No le dijo que no gritara, no le tapó la boca, y ella lloró todo el tiempo de miedo y de dolor.

Al día siguiente fue a una curandera para evitar el embarazo. La señora aseguró que no estaba preñada y tuvo razón. Pero no le guardó el secreto. Cuando lo supo mi abuelo, no le pegó, como ella temía. Le habló sin mirarla. Le dijo que no sabía cómo hacerse cargo de una mujer, que era un hombre solo, que no sabía criar hijas, que todo era culpa de la puta de su madre. La mandaron a Buenos Aires, terminó la secundaria y en un baile conoció a quien sería su único novio porque los hombres le daban miedo. Tu padre es un buen hombre, repetía, y le arruiné la vida; escupía vino y baba sobre la almohada que no compartía con él porque no dormían juntos. Mi hermana había es-

cuchado la historia muchas veces, también. ¿No te da lástima?, le pregunté una vez, cuando desayunábamos. Me da bronca, contestó Alex.

Mamá no estaba en ese estado todos los días. Por lo general, volvía a casa, miraba un poco de televisión y se iba a dormir. Si nos preguntaba sobre el colegio o sobre el negocio, era de una manera casual o desinteresada. Nunca colgó cuadros ni compró cortinas. Nunca le interesaron las flores ni las plantas. Jamás la vi fascinarse con anillos y collares. No sabía bordar o tejer, pero tampoco pintar o bailar. Los animales sí le gustaban, pero sin entusiasmo. Se aburría en nuestros cumpleaños; por suerte para nosotros, la casa de fiestas de mi padre se encargaba de todo y así teníamos bola de espejos, piñata, magos, torta, los accesorios de la infancia feliz. Mi padre nunca se atrevió a convencerla de ir a un psiquiatra, como si detrás de su depresión acechara una incurable noche voraz. Sencillamente se alejó de ella dentro de la casa y en el trato cotidiano. La dejó sola. Yo la quise, pero no me caía bien. No me gustaba pasar tiempo con mi madre. Ella se sentía una ruina abandonada y esperaba la demolición.

Una tarde estaba tan borracha que apenas evité que se manchara el pelo al vomitar. No se lo hubiese lavado. La llevé a la cama y la puse boca arriba. Y en vez de asco, lo que me salió fue un reto. Tenés que tratarte. Tenés que ir al psiquiatra o al algún grupo de ayuda, a terapia, nosotros no tenemos por qué aguantarte más.

—No puedo. No me pueden ayudar. No me van a creer. No puedo contarles. Los hombres no me creen.

Me sorprendió, porque rara vez contestaba cuando estaba tan borracha o tan deprimida.

—Qué no van a creerte, mamá, si lo contás siempre, si nosotros te creemos.

Suponía que hablaba de la violación y me enojaba. Claro que le iban a creer. No todos los hombres eran el enemigo. A los tipos nos inculcan desde el jardín que lo peor de lo peor es violar a una mujer. Peor que matar. Me parecía escuchar la voz de mi hermana que siempre me discutía esto, que me hablaba de la justicia y de los tipos que se protegían entre ellos. A veces sentía que vivíamos en diferentes mundos.

—No tenía cara —agregó mi madre.

—Quién.

—El que me violó. No tenía cara. Era un borrón.

Pensé que hablaba de borracha, pero de repente se sentó en la cama, lúcida y con los ojos brillantes, como una criatura que revivía la infancia, capaz de hablar de corrido sin arrastrar las palabras, despeinada, casi feliz. Fue aterrador.

Contó todos los detalles y me prometió que, además, los iba a dejar escritos cuando fuese capaz de hacerlo, cuando se sintiera bien. Hacelo en el trabajo, le sugerí. Y se durmió pensando que era una buena idea. Yo no dormí esa noche y después me fui de la casa a pasar unos días en lo de un amigo en una quinta del conurbano, fútbol, cerveza, música al atardecer. Cuando volví, decidido a alquilar e independizarme, encontré a mi madre encerrada en la habitación. Como la abuela desconocida. No dejaba pasar a nadie, pero a mí me lo permitió. Dejó que la viera. Me pidió que la fotografiara. Y, antes de irse, me dio una larga carta. Para vos y para Alex. Ojalá lo crea, dijo.

Su cuerpo apareció sobre la vereda de la calle Gallo en el barrio de Once. Se había arrojado desde la ventana de un hotel. La habitación era en el piso más alto. Su muerte hubiese sido un alivio en otro mundo, en otra realidad. Un enorme alivio. Pero la entendí como lo que era. Un

peso, una condena y una tarea de mensajero que no le había pedido y con la que no quería cargar.

Cuando Alex se fue a lavar la cara esa mañana, notó que tenía una parálisis facial. Justo estaba por ponerse un poco de corrector de ojeras. El párpado levemente caído, igual que la boca de ese lado, el derecho, y algo bueno: la arruga nasogeniana —así la había llamado su cosmetóloga— había desaparecido. Quiso hablar frente al espejo, su boca no podía hacer la U ni la O de forma correcta y decidió que en ese estado no podía dar clase —de inglés, en la Facultad de Comunicación, donde era una materia obligatoria—, y cruzó hasta el negocio de su hermano y le pidió que llevara al colegio a su hija, Magnolia, mientras ella se acercaba a la guardia a averiguar qué le pasaba. No le dolía la cabeza, pero temía un ACV: su padre había muerto de un derrame cerebral hacía pocos años.

Su hermano llevaba adelante la tienda familiar: cotillón, disfraces para Halloween y fiestas, parafernalia para cumpleaños, comuniones, baby showers. Lo único que quedaba después de verse obligados a vender el salón de fiestas en el que habían celebrado sus cumpleaños de quince todas las adolescentes del barrio.

A lo mejor es un virus o es nervioso, no tiene por qué ser un ACV, le dijo su hermano, pero parecía preocupado. Demasiado preocupado, justo él, que siempre quedaba a punto de la septicemia o el tétanos por no cuidarse cuando se cortaba y que, una vez, se había pasado un mes sin notar que tenía los huesos rotos cuando le pasó una moto por encima del pie.

Cuando llegó a la guardia, Alex pasó primero al baño y lo que vio la sorprendió, pero se lo atribuyó al ojo medio

cerrado: el borde del labio se veía fantasmal, como si su cara fuese una pintura y alguien hubiese borroneado la definición del contorno de la boca. Como el párpado estaba casi cerrado, trató de olvidar la sensación esfumada —me hago humo, murmuró— que acompañó a la visión oblicua y esperó su turno en la guardia. No había demasiada gente: una especie de milagro, porque las mañanas solían ser, lo sabía, un caos de pacientes y de falta de personal.

La atendieron después de apenas media hora. El médico clínico, guapo e ineficiente, hizo lo que Alex esperaba: abrió el ojo, sonreí, intenté mover la ceja. Nada. Le preguntó si tenía alguna infección crónica viral, como Lyme o VIH. Indicó análisis de sangre y, para descartar «algo vascular», una resonancia de urgencia. Pero no creo, dijo. Parece una parálisis de Bell y puede causarla cualquier virus. Debería irse en unas semanas, no suelen durar más.

Alex accedió a la resonancia aunque intuía que no se trataba de algo cerebral: no tenía ningún otro síntoma. Aguantó media hora de estruendo dentro del resonador y se fue con la tranquilidad de saber que no sabían qué causaba esa parálisis, pero no era vascular ni estaba en riesgo de muerte. Los análisis llegarían en unos días, por mail. Pidió un certificado para poder presentar en el trabajo y se lo hicieron. En el taxi de vuelta le sacó una foto al papel y se la envió a su jefe, que de inmediato contestó «que te mejores».

Bajó en la tienda de cotillón para buscar a Magnolia, que jugaba con su iPad detrás del mostrador. Cuando la vio entrar, su hermano desenganchó de la pared una careta de Michael Myers, el asesino de la película *Halloween*. Se acercó a Alex por detrás y se la puso con cuidado antes de que la nena la viese. Pero qué hacés, se quejó Alex, e intentó sacársela, porque además odiaba especialmente esa máscara toda blanca, tan años ochenta, sin casi rasgos, y a

ese matador de mujeres, pero Magnolia levantó la cabeza y se empezó a reír. No tenía idea de que su madre llevaba la careta de un asesino serial de película: pensó que quería jugar con ella o hacerle un chiste. Para no asustarla, ni con la careta ni con la cara, Alex le sacó el iPad y la persiguió un poco por el negocio, que era pequeño pero tenía una estantería central que permitía correr en círculos a su alrededor; la siguió hasta la vereda cuando el local les quedó chico. Era un día hermoso de otoño: un poco de viento, el cielo con nubes como telarañas, las chicas con pantalones largos pero aún con sandalias.

La sorprendió ver llegar, desde la esquina, a su exmujer, la otra mamá de Magnolia. No era su día de visita hoy, ¿o sí? Se llevaban mal, pero no en lo relacionado a la hija: los días que le correspondían a cada una se respetaban sin problema. Su exmujer, esbelta, deportista, el pelo largo y los ojos color arena mojada, siempre con calzas y zapatillas, tan saludable y firme. Parecía diez años menor. Pero cuando sonreía, la primera impresión luminosa cambiaba. Alex se había fascinado al principio por lo que, creía, era una sonrisa triste. Ahora, después de muchos años, sabía que era una sonrisa forzada.

—Tu hermano me llamó y me dijo que habías ido al hospital. Si querés, me la quedo hasta que estés mejor.

—No es nada —dijo Alex. Se levantó la careta para que solo su exmujer la viera, mientras Magnolia, otra vez distraída, perseguía al perro de una vecina—. Es una parálisis de Bell, parece. Puede ser un virus, pero no contagia.

—OK, entonces me la llevo hasta que te den los análisis y sepas por qué te dio. ¿Por qué tenés la careta?

—Diego me la puso para que la nena no vea el gesto raro que tengo y se asuste. Ella no sabe que es la de *Halloween*.

Alex se volvió a poner la careta y vio la desaprobación en los ojos de su exmujer. Alguna gente, sobre todo los que pasaban en auto, la miraban. Después de todo, llevaba una careta blanca sobre la cara en pleno marzo. Era raro.

—Tina, no le voy a contagiar nada a la nena, me lo dijeron muy claro.

Tina le sonrió con la condescendencia de siempre. La misma por la que se habían separado. Qué sabrás vos, decía esa sonrisa dura. Quién sabe qué bicho te agarraste con esas pibas que te garchás, decía. Siempre viviste en la mugre. Como tu padre, un tipo siniestro que arrastró a tu madre al suicidio.

Eso, lo del suicidio, sí se lo había dicho una vez y ella le había dado una cachetada, tan fuerte que le partió el labio a Tina y a su superioridad moral —por un rato—, y aunque le pidió disculpas para que no denunciara violencia y le sacara a Magnolia, nunca se arrepintió de haberle pegado. Si Magnolia estaba con ella era porque Alex tenía casa propia y Tina alquilaba, y también porque ese golpe había quedado en el silencio y la vergüenza. Tina jamás admitiría por orgullo que había sido golpeada, pero Alex igual andaba en puntas de pie con su exesposa. Esa frase había sido hiriente: le traía el recuerdo de su madre depresiva y borracha y el afecto confuso por su padre, que no la había maltratado, pero tampoco ayudado. Él sí era un poco roñoso porque se trataba de esos tipos que no saben hacer nada solos en la casa, y su madre no limpiaba o lo hacía de forma errática, lo mismo que cocinar. Alex estaba enojada con los dos, pero nunca había podido soportar que alguien más opinara sobre su familia.

—Bueno, tenela hasta que me lleguen los análisis. Aviso ni bien sepa y esta noche llamo.

Tina tenía las llaves y, como las había traído, agregó:

vayan a casa a hacer la mochila con las cosas del colegio, que tengo que arreglar algo con mi hermano. No era mucho que cargar: Magnolia tenía cinco años, en el preescolar no les daban tarea ni nada parecido, salvo algún dibujo y las primeras letras. Las vio irse y tuvo náuseas. No había comido nada. No lo relacionó con la parálisis, sabía que era la necesidad de meterse algo en el estómago.

Entró al negocio de vuelta, agarró un alfajor que había sobre el mostrador y por fin pudo decirle a su hermano:

—¿Me estás ordenando la vida? La llamás a esta turra y me tapás la cara, pero qué atrevido.

Se arrancó la máscara y Diego la llevó de inmediato hasta el bañito atrás del mostrador.

—Mirate —le dijo—. No da que Magnolia te vea así.

La parálisis se extendía y provocaba un efecto raro. Uno de los agujeros de la nariz parecía estar más chico. No estirado por un músculo tenso ni caído, sino que el orificio era más pequeño, como si se cerrara de a poco. Alex se levantó el párpado: el ojo también parecía irse, lo mismo que un porcentaje mayor del labio. El médico no se había dado cuenta o a lo mejor no estaba tan avanzada esa especie de borrón. Como si alguien hubiese usado una goma de borrar de Photoshop. Intentó no darle importancia.

—Debe ser así. Ahora en casa googleo sobre la parálisis esta.

—Esperemos que sí —dijo Diego.

Siempre estaba pensando en mudarse de la casa aunque sabía bien que era su única ventaja: la carta ganadora para que fuese el domicilio de su hija. Tenía la habitación de su madre llena de colchones viejos y cajas de objetos que ya había olvidado. Nunca entraba. Seguía usando la

suya histórica, que era grande y daba a la calle, lo que le gustaba porque, a veces, cuando le costaba dormir, prefería el aire nocturno por la ventana. En la habitación que había sido de Diego dormía Magnolia. Y en una pequeña, de invitados, que había sido refugio de su padre en los últimos años, había armado una sala de juegos y también su propio estudio, donde traducía y corregía exámenes. Estaba bien en la casa, pero, en el fondo, era la casa de ella, de su madre imposible. Ella nunca la había cuidado en su prolongada crisis. Diego sí. ¿Porque era el hijo varón? Una responsabilidad filial que ella nunca había sentido. Incluso cuando se mudó se fue enfrente, al departamento sobre el negocio, y eso a pesar de que su madre estaba muerta. Para cuidar de lo que quedaba de la familia quizá. Alex no se metía en la neurosis de su hermano.

Esa tarde, después de un almuerzo recalentado, decidió quedarse en la cama, chatear y hacer videollamadas con algunas chicas que, por ahora, evitaba ver en persona (siempre cuidando la relación con Tina: no quería que una asistente social la acusara de promiscua, y además se podían hacer muchas cosas online), leer un poco, dormir. Si era estrés, como había sugerido el médico joven, entonces descansaría. Le gustaba estar en la cama abrigada, aunque ese día no hacía frío y desde la ventana podía ver el sol. Le mandó un mensaje de voz a Magnolia antes de una siesta inquieta y húmeda, de la que despertó transpirada y con la sensación de haber tenido sueños intensos o una pesadilla, lo que de todas maneras era muy común.

Se trajo un plato con pizza fría a la cama, porque se había despertado ya de noche y con hambre, y cuando iba a cerrar la ventana porque el aire de la noche era demasiado fresco y había un poco de viento, escuchó un silbido. Muy cercano, tanto que parecía venir de su propia vereda:

levantó la persiana y abrió la ventana en vez de cerrarla, pero cuando el silbido se repitió, clarísimo y cerca, tan alto su volumen que parecía un instrumento y no una boca lo que lo producía (aunque ciertamente era una boca, se escuchaba bien la salida del aire al final y era la vibración de labios, no de un instrumento), sintió miedo, un terror irracional, y casi vio la imagen del silbante que la arrancaba de la ventana, aunque tenía rejas, y la arrastraba por la calle vacía. Cerró tan rápido como pudo y un tercer silbido llegó todavía, ya más lejano, pero con una extraña risita. ¿Sería un ladrón llamando a sus cómplices, avisando de que había una mujer sola? Alex no estaba tan entrenada como Tina, pero se animaba a enfrentarlos, aunque no si tenían un arma. Corrió hasta la puerta y la encontró sin llave. La cerró, pero después pensó: y si alguien entró mientras dormía. Con un gemido se obligó a recorrer la casa, en puntas de pie y con el cuerpo temblando. Miró la bañera detrás de la cortina. El estudio. La habitación de Magnolia y los placares. Pero cuando abrió la pieza de las porquerías, como la llamaba, la que había sido la habitación de su madre, escuchó un leve pero certero movimiento sobre el piso de madera. Un mueble que alguien movía. Quizá un cuerpo que lo corría. Como estaba, en remera, ropa interior y el teléfono en la mano, salió de la casa, descalza, y tuvo tiempo en la huida de llamar a su hermano. Siempre agradecía que viviese enfrente no solo porque se llevaban bien sino porque Diego, muchas veces, era la calma que necesitaba.

—Pero podés ser tan pelotuda de dejar la puerta abierta. Ponete un pantalón, que hace frío —le dijo Diego después de escuchar la explicación de sus gritos: «Se metió alguien en la casa».

Él cruzó a inspeccionar sin nada para defenderse y ella lo esperó en el living: se puso uno de sus jeans limpios,

que le costó encontrar. Diego había vuelto a su mugre varonil habitual desde su última separación. Las parejas le duraban poco.

Lo escuchó volver: aunque era temprano, la calle estaba vacía y no pasaban demasiados autos. Entró tranquilo y ella supo que no había encontrado nada.

—¿Miraste en la pieza de las porquerías?

—No hay nada, me metí entre las cosas.

Alex intentó morderse el labio, un gesto muy común, y se dio cuenta de que no podía. Cuando lo tocó, estaba flácido y caído y algo más: demasiado liviano.

—¿No tendríamos que llamar a la policía?

—Quedate acá a dormir si querés.

—¿Estoy exagerando?

—Creo que sí.

Alex se levantó.

—Me vuelvo. No pasa nada. Me asustó el silbido. ¿Estás seguro?

—Revisé todo. Si hay alguien, no quiere robar.

—¿Vos pretendés tranquilizarme con eso?

—Lo que te quiero decir es que un chorro ya hubiese hecho su laburo. Si alguien entró y te espera agazapado... me parece demasiado complicado como argumento.

Diego, sin embargo, parecía preocupado. O triste. Le miraba la cara con atención.

—Qué, estoy peor.

—Un poco.

Ella se sacó una selfie. El cambio era sutil pero obvio. La mitad de su cara estaba caída como los carrillos de ciertos perros, pero por algún motivo, que ella atribuyó a la luz, los surcos que deberían verse por la mejilla y el labio colgantes no eran profundos. Parecían maquillados. O borronados. El ojo, sin embargo, estaba igual.

—Tengo que trabajar toda la noche —le dijo Diego, que, además de atender el negocio, tenía un emprendimiento de sistemas de seguridad digital para pequeños comercios como el suyo—. Andá tranquila.

Alex se tomó una pastilla para poder dormir, probó varias veces la cerradura de la puerta y, por primera vez, también le puso llave a su cuarto (la usaba para que Magnolia no entrara cuando tenía una amante y a veces para tener sexo con Tina, si estaban muy creativas) y dejó el teléfono bajo la almohada, para tenerlo cerca.

Los ojos abiertos en la oscuridad esperando al hombre en la casa. Después el sueño y darse vuelta y taparse y entonces suena el timbre, suena y no hay que ir a atenderlo porque es un niño sin cara que va a entrar corriendo, va a pasar entre sus piernas y se esconderá en la habitación de las porquerías, madre porquería, madre cenicero, las máscaras en las fiestas, mujer maravilla y freddy krueger y michael myers y barbie, baños de luna en la terraza, los dedos adentro de Tina, Tina que se duerme y se acuesta sobre Magnolia, y lo niega y lo niega y ahorcarla para que se calle, el cenicero con chicles y porros, el timbre que suena y después el teléfono, en el teléfono el ruido de la ruta y la lluvia, de un motor viejo, y la sonrisa antes de decir su nombre o a lo mejor el timbre es un silbido, toda la noche el silbido sobre la calle y el otoño.

La mañana la encontró con una especie de resaca y demasiado temprano. Su hermano no había abierto aún el negocio. En el espejo del baño notó que la parálisis no solo estaba peor, sino que el ojo medio cerrado aumentaba el

efecto nebuloso, ese borrón de los rasgos. Como era incapaz de parpadear no podía despejar la visión. Se levantó el párpado y la náusea le invadió la garganta cuando se dio cuenta de que el propio ojo era una neblina, una catarata. Quiso buscar si era un desarrollo de la parálisis y se encontró con los resultados de laboratorio en el mail: una mirada rápida fue todo lo que hizo falta para saber que estaban bien. De todos modos tenía que ir al médico. Le reenvió los análisis a Tina para que se quedara tranquila y cruzó para pedirle a su hermano que la llevara a la guardia otra vez: no podía manejar porque no veía lo suficiente y por algún motivo no quería pedir un taxi, no quería ser vista. Qué estúpida, pensó, pero no podía evitarlo. En el espejo del pasillo vio más progresos en el borrón y sacó el teléfono del bolsillo para averiguar la dirección de una clínica privada donde se había operado de apendicitis, un lugar que la obra social de docentes le cubría y que era muy buena.

Cuando Diego abrió la puerta, le quitó el celular de la mano.

—Qué hacés, estás medio tarado vos, ¿no ves lo que me pasa!

—Porque veo lo que te pasa sé que no tiene sentido ir a la clínica.

—Dame el celular o te mato a golpes, te juro.

Diego le dio la espalda y le pidió que subiera hasta su habitación porque tenía algo para contarle. Alex le golpeó la espalda con los puños y Diego se dejó. Cuando la escuchó llorar, dolorido porque Alex tenía mucha fuerza, le dijo:

—Vos sabés que no es una parálisis lo que te pasa, por eso vas a venir conmigo.

Contar la historia, pensó Diego. La tenía en la carta por las dudas, pero era mejor si la ponía en palabras. Su herma-

na no soportaba hablar de su madre. La enfurecía recordarla. Tenía que soportar con firmeza sus gritos, sus por qué me venís con esto, sus no me vengas con mamá ahora, mamá es tu trauma, nada más te pido que me lleves a la guardia, dejá que me tomo un taxi. ¿Qué era lo mejor? Mostrarle las fotos primero. Darle las fotos, para que ella pudiese ver. Algunas las había tomado su madre, eran su propio reflejo en el espejo en el mundo de antes de las selfies. Las últimas las había sacado él en el encierro antes del suicidio, en la habitación de las porquerías, horas que ahora le parecían un sueño vívido y horrible con su madre-modelo.

La cara en las fotos seguía el mismo proceso. Primero la hemiplejía. El párpado caído, el labio exangüe que dejaba ver los dientes, la ausencia de arrugas y líneas de expresión. Luego el ojo blanco, con cataratas. Alex tiró lejos de sí esa foto cuando la vio, pero Diego siguió adelante, le siguió pasando las imágenes en silencio. El ojo que desaparecía. Como un óleo manoseado por dedos. Como cuando se usa un quitamanchas. Después la nariz. Un orificio cerrado. El otro. La nariz ausente: la cara como la de un felino. La boca que se achicaba como la de una actriz de cine mudo. En muchas su madre lloraba. En otras estaba tomando whisky con una bombilla. Alex gritaba qué es esto, tiraba las fotos al aire, sacudía los hombros de Diego, qué es esto, por qué me mostrás a esta loca maquillada, a mí no me pasa eso, no me pasa eso.

—No está maquillada, Alex. Yo la vi, yo saqué esas fotos.

—Se maquilló para vos y después matarse, siempre fuiste su sirviente.

—No. Y sabés que no. Era su sirviente, es posible, pero no soy un idiota.

—¡Eras un pendejo!

—Hermana, eso no es maquillaje.

Alex salió corriendo de la habitación y manoteó la máscara, que seguía sobre el mostrador. Aunque no quería hacerlo y apenas veía por las lágrimas, llamó un auto que, por suerte, llegó en minutos. El hospital era cerca: prefirió ir a la guardia antes que a la clínica porque le pareció que entrar a la clínica con máscara era demasiado. El chofer la miró alarmado cuando subió. Entró a la guardia corriendo y se sacó la máscara para que vieran lo que le pasaba y la atendieran pronto. En la recepción enseguida levantaron el teléfono. Aliviada, se secó un ojo, el otro no le lloraba. Pero enseguida se dio cuenta de que algunas personas de la guardia le gritaban. Muchas preguntaban qué le había pasado, pero otras la insultaban, no ves que somos gente de trabajo, te ponés esa máscara para asustarnos, boluda, sacátela, que asustás a las viejas, si a mi mamá, que tiene presión alta, le da algo, te rompo esa cara de mostra. Un señor quiso ayudarla y, como no lo vio venir, Alex le dio un codazo. En recepción no llamaban a un médico, sino a seguridad.

—¡Ya me saqué la máscara! —gritó Alex, y arrojó al suelo el plástico. Y la pisoteó—. ¡Esta es mi cara, es mi CARA, por eso necesito un médico!

Había algo raro en el aire. Alex lo había sentido antes de las peleas en la cancha, junto al olor a pólvora de las bengalas, el alcohol en el aliento y el sudor. Ese espesor de la violencia por nada, por una chispa. Lo estaba causando ella. Para defenderse, mintió:

—¡Es una quemadura! ¡Tengo la cara quemada!

Eso detuvo el griterío un poco, pero entonces ella misma se vio en el espejo detrás de la recepcionista. Se sentía ahogada, le faltaba el aire y, cuando se llevó la mano a la nariz, notó que los orificios nasales eran diminutos, casi inexistentes. Se tocó la cara. Le quedaba solo

un ojo. Del otro lado no había nada, la piel dura sobre el cuenco. Se podía meter un dedo en la boca y eso era todo. La piel estaba lisa como si fuese un maniquí.

Salió corriendo antes de que llegaran los de seguridad, convencida de que no era solamente su aspecto lo que había asustado a la gente. Era algo más, algo inexorable. Lo sentía. Las fotos de su madre pasaban como diapositivas intensas por la memoria de su único ojo. En la corrida, se cayó en uno de los escalones y se resistió cuando alguien intentó levantarla porque temía un linchamiento. Pero era su hermano, era Diego, pálido y tembloroso, inseguro, también muerto de miedo.

Mamá vio bien al hombre, dijo Diego. Insistía con que era de día aún, que nada más quería llegar antes de que se hiciera de noche, pero había suficiente luz: el sol aún no se hundía en el río. El hombre que la ayudó a levantarse cuando se cayó no tenía cara. Y tenía los pies al revés. Me dijo que era así para que, al caminar, nadie lo pudiera encontrar, porque las huellas te confundían, te mandaban para otro lado. La agarró con fuerza y silbó como si llamara a alguien, pero no vino nadie más. No me dio demasiados detalles salvo que trató de encontrarle la cara, le tocó el pelo, a ver si tenía la cabeza dada la vuelta también, como los pies, pero no, no había nada del otro lado, el cuero cabelludo liso. No la besó, claro, pero silbaba, él o alguien más, no podía darse cuenta. En algún lado había una boca.

La lastimó mucho y, cuando se fue, el silbido se transformó en chistido y ella lo interpretó como que no debía decir nada, pero igual, ¿a quién le iba a decir? Su padre y sus hermanos saldrían a cazar gente y no quería volverlos

locos ni que terminaran presos. Además, su padre ya tomaba mucho desde que su madre había desaparecido.

Esa noche en la mesa se hizo la tonta y contó que en la escuela le habían hablado de un duende con los pies al revés. No dijo nada de la cara, por las dudas. Su padre reaccionó trastornado. Aunque era un borracho tranquilo, melancólico, golpeó la mesa con un puño e hizo saltar los platos con fideos. Son cuentos de viejas de la selva, gritó. ¿Quién te habló de eso? ¿Te vas a volver loca como tu madre y esa pavada del tipo sin cara?

Ahí, me dijo mamá y también lo escribió, cuando fue a la curandera por si estaba embarazada, la mujer le habló de su madre, la abuela que se fue. Le dijo que ella también había venido, y también porque la violaron. La violó un señor raro, dijo la curandera, e hizo la señal de la cruz. Se dio cuenta, entonces, de que a su madre le había pasado lo mismo en la cara, y por eso se había ido. Ella nunca había estado enojada con ella por abandonarlos, porque aguantar a su padre era una tarea que no le deseaba a nadie.

Mamá me dijo que no insistió con el cuento del duende, pero el abuelo no comió esa noche y terminó borracho por ahí. Ella pensó que el tipo sin cara a lo mejor era un leproso, y al día siguiente se puso a averiguar. Preguntó en la biblioteca y le dijeron que recién había un leproso en Santa Fe, muy lejos. Igual ella creyó, por un tiempo, que era un leproso que vivía en las quintas, un enfermo que las había violado a ella y a su madre, aunque en las fotos de los libros de la biblioteca la lepra se veía distinta. La del hombre era una cara lisa como una sartén.

—A mí no me violó nadie, Diego.

Alex estaba sentada en el sillón, tratando de mantener abierto el ojo que aún le quedaba.

—También lo pensé. ¿Nunca?

—No, y menos un tipo. Y menos un tipo sin cara. Por favor.

—No sé. Siempre odié este secreto y siempre esperé no tener que contártelo.

—No empieces a tener lástima de vos mismo.

—No tengo. Más lástima me das vos, que seguís enojada.

—Mi madre era una yegua y encima no me cuenta esto y querés que no me enoje.

—¿Y qué te iba a contar?

Alex se tocó la boca.

—Es como si se me pegoteara con algo bien fuerte. Todavía me entra un dedo. Dame agua.

—Mamá me pidió que me callara, por si no te pasaba.

—¿Y la comida?

—No sé. Mamá no comía.

—Lo que me acuerdo es de que en el cajón, cuando la velamos, tenía la cara entera.

—No te acordás de nada porque te pusiste en pedo y estabas rabiosa como un perro. El cajón estaba cerrado porque se destrozó contra la vereda.

—¿Y nadie se dio cuenta de que le faltaba la cara? Los suicidios se investigan.

—Se reventó la cabeza contra la vereda, Alex. Era como una pulpa todo.

Cuando escuchó «vereda», Alex solo vio oscuridad a su alrededor y empezó a gritar. Había perdido su otro ojo.

Calmarla fue inútil y Diego la entendía. Toda la historia, dicha así, y en dos días, parecía un disparate, un delirio. Accedió a llevarla a la clínica. El auto era una mugre con olor al perro, pero Alex seguro ya no podía oler.

¿Cómo se paraba esto? ¿Qué era distinto? Él había investigado sobre su abuela y tenía su historia apenas reconstruida. En el pueblo algunos la habían visto con la cara tapada por un pañuelo, pero pensaban que huía disfrazada para encontrarse con otro hombre. A lo mejor ese mismo hombre que supuestamente la había violado. La curandera tampoco había sido discreta, no guardó su secreto. Pero ¿si se equivocaba? El primer día pensó que estaba sugestionado cuando vio la cara de Alex. Pero también había presenciado la reacción en la guardia del hospital. Esa gente no solo había visto la cara borroneada, sino que se había dado cuenta de que no era una enfermedad ni una herida. Como él se había dado cuenta cuando le pasó a su madre. Había soñado con ella tantas noches. Aparecía con una media en la cabeza. Su novia lo había dejado porque era imposible dormir a su lado, se despertaba gritando cuando sentía en su cara el aliento a alcohol y veía la media puesta como una venda. En el sueño se la sacaba y debajo no tenía rasgos, pero silbaba. A veces también la soñaba levantándose de la vereda, con las piernas rotas y la cara ensangrentada, llamándolo por su nombre.

—Tengo sed —le dijo Alex en el auto, y apenas le entendió. Gemía porque no tenía ojos para llorar.

Alex derramó la mitad de la bebida sobre sus pantalones. Cuando se tocó la boca, se dio cuenta de que era casi toda piel. Gritó, y Diego le dio un sorbete que había traído consigo del negocio de cotillón para que usara la comisura de los labios, donde aún había un resquicio.

Pararon en un semáforo en rojo y Alex le pidió a su hermano que, por favor, detuviera el auto. Sacame una selfie, le dijo. Ya apenas se le entendían las palabras. Y mandásela a Pato. Era su mejor amiga.

La respuesta llegó enseguida: «Qué me quieres mostrar. Saliste toda movida. ¿Conociste a una péndex y le quieres robar fotos? Estás en modo selfie, pelotuda».

Entonces Alex se empezó a golpear las piernas con los puños. Estaba furiosa.

Siempre había estado enojada con su madre, por matarse, porque era una persona horrible y distante y traumatizada y negadora, ¿y ahora le heredaba esta cosa? Sintió que el enojo de años que la hacía romper sábanas y golpear paredes y darse la cabeza contra la pared se le iba entre los dedos como arena porque había llegado, al fin, al corazón del daño. Le creía a su hermano, porque le había hablado desde la tristeza profunda del secreto. Le preguntó a su hermano cómo se veía. Él le dijo que como si alguien hubiese pintado un retrato al óleo y con la mano extendida dispersara la pintura fresca, en círculos, para que los rasgos se confundieran.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Diego.

—Contame todo lo que falta, lo de la abuela, todo. Y después llévame a casa de Tina, quiero estar con mi hija.

Era de noche cuando volvieron. Habían hablado durante horas. Por el viento del otoño, la gente se había metido en sus casas. Entraron a la casa de Diego porque Alex quería llevar una máscara y la de Myers había quedado rota en la guardia. Te traigo otra, dijo él, pero ella se negó. No quería estar sola, ciega, en el auto.

En la casa sonó el teléfono fijo, una cosa absolutamente extraña, pero Diego todavía tenía uno, nadie sabía para qué. Mucha gente conservaba las líneas por los padres y abuelos que no sabían usar celulares, o por los cortes de luz, pero ellos no tenían padres y en el barrio, por ahora, toda-

vía los cortes eran esporádicos y solo en verano. En eso, al menos, tenían suerte.

Alex quiso atender. Escuchó una especie de estática o de auto en la ruta, el viento que entraba por las ventanillas de un vehículo muy veloz. Y después, inconfundible, el silbido. No una armónica ni música ni un pájaro. Un silbido, un llamado.

La puerta de la calle se abrió sola y Diego, sobresaltado, corrió sin pensar. No había nadie.

—Vamos —dijo Alex con dificultad.

—¿Adónde? —preguntó Diego.

—A lo de Tina.

Tenía una idea y le daba vueltas, como a la careta de Myers que llevaba en las manos. Pensaba usarla un rato después de que Magnolia se tranquilizara, porque iba a ayudar. Ella ya no podía salvarse, lo intuía. Incluso si no se moría, porque aún respiraba de alguna manera, se iba a morir de hambre y no iba a permitir que la alimentaran con una sonda, por ejemplo. Esto no era reversible. Pero si Magnolia sabía la historia de las mujeres sin cara de su familia, la nena tendría una oportunidad. Lo único común era ese no saber. Necesitaba a Tina de testigo y custodia para que se lo contara a Magnolia si por casualidad lo olvidaba en el futuro, porque se iba a olvidar de esa cara no cara, lo tenía que tener presente aunque pareciera el cuento de una loca, de un linaje de mujeres locas. Tina tenía que lograr que Magnolia lo recordara y lo creyera. Diego podía ayudar: estaban las fotos. Las de su madre y las que su hermano le sacaba ahora mismo, en el auto. Una, dos, cientos. ¿Tina tendría una cámara clásica? Era más confiable que lo digital. Tenía que tocar el timbre con la máscara puesta para que su exmujer la dejara entrar. Tenía que mostrarle a ella las pruebas porque Tina

siempre exigía documentación, así que cargaba con la carta de su madre y las fotos. Y después hablar con Magnolia. Se lo tenía que decir ella, evitar que se pusiera a gritar como hacía a veces porque era un poco malcriada. Le iba a llevar un tiempo, pero aún respiraba, respiraba sin nariz, casi sin boca. ¿Sería a través de la piel? ¿Estaba mutando?

A cien metros de la casa de Tina, el auto de Diego se detuvo como muerto. La llave no lograba hacerlo arrancar. La batería no reaccionaba. Ni un sonido salvo ese chasquido de motor acabado. Afuera, en el silencio, llegó la llamada en el viento. El silbido. Alex no lo pensó. Se bajó del auto aunque no veía, pero conocía esa cuadra, caminó tocando las casas, la puerta de la rotisería, la cortina de la masajista, la puerta hermosa del viejo simpático, el edificio de pocos pisos. La casa de Tina era a pocos metros de ahí. Corrió lo más rápido que pudo con las llaves de Tina en la mano en caso de que no abriese la puerta inmediatamente, siempre las llevaba encima por una emergencia, esto era una emergencia, y corrió con la cara que recibía todo el aire y no dolía, era agradable, esa cara que no sabía ya si era suya, si seguía estando ahí, si era la de su madre o la de su abuela, si iba a encontrar la casa o corría hacia el río, sin saber si contarle todo a su hija iba a ser el fin o solamente otra risa burlona del silbido, que no paraba, que sonaba cada vez más cerca, si contar todo no sería otro truco como el de los pies cuyas huellas siempre llevaban a otra parte, lejos de su dueño.